
ENTRE LA LEGITIMIDAD Y LA VIOLENCIA: COLOMBIA 1875-1994

Palacios, Marco. 2003. Bogotá: Norma.
ISBN: 978-958-04715-54

La obra de Marco Palacios es producto de su formación como abogado e historiador. Graduado en leyes de la Universidad de Columbia, especializado en El Colegio de México y doctorado en Filosofía en la Universidad de Oxford, este autor ofrece al lector un trabajo que da cuenta del juicio metodológico e investigativo con el cual fue construido, derivado quizás de la rigurosidad propia de una formación internacional de alto nivel.

El acceso a extensas fuentes de información contribuye también a la riqueza de este texto. Los fondos latinoamericanos y colombianos de las bibliotecas de las universidades de Chicago y Duke en los Estados Unidos, y de Oxford y Autónoma de Barcelona, junto con la nutrida bibliografía, a la cual dedica algo más de cuarenta páginas, aportan minuciosidad y detalle a la descripción y análisis de los eventos y personajes incluidos en sus seis capítulos constitutivos.

La trayectoria del autor es rica en producciones de carácter histórico; este hecho le basta para confiársele el apelativo de *autoridad en la materia*. Entre las publicaciones anteriores a la reseñada en el presente artículo, se pueden referenciar: *El café en Colombia, 1850–1970: Una historia económica, social y política* (1979, 1983 y 2002); *La clase más ruidosa y otros ensayos sobre política e historia* (2002); *De populistas, mandarines y violencias. Luchas por el poder* (2001); *Parábola del liberalismo* (1999); finalmente, en el año 2002 publicó junto con el historiador Frank Safford: *Colombia. País fragmentado, sociedad dividida. Su historia*.

«La obra de Marco Palacios es producto de su formación como abogado e historiador».

Entre la legitimidad y la violencia, trabajo publicado en el año 2007, mantiene la trayectoria histórica evidenciada en las obras anteriores. En él, Marco Palacios plantea una sinopsis del trasegar colombiano desde mediados de la década de 1870 hasta finales del siglo XX. El asunto vertebral es la permanente disyuntiva a la cual se ve sometida la nación, cuyas aristas se intersecan en el intento por construir y hacer legítima su identidad por la vía del consenso y la seductora alternativa de la violencia como instrumento de colonización, autoridad y coerción social.

La primera situación, el tema de la identidad, se hace latente a lo largo de los períodos históricos enclavados en el horizonte de tiempo analizado. La tesis propuesta por Palacios se acuña en la incesante búsqueda del país por hacerse a un modelo económico que le permita insertarse en una dinámica aparejada con el sistema mundial; sin embargo, la falta de comunión entre los grupos representativos que ostentan el poder redundando entonces en la incapacidad de decidir sobre cuál debe ser el más apropiado.

La violencia por su parte surge como consecuencia de la oposición sustancial en doctrinas y opiniones. Las fracturas entre las formas de pensamiento iniciadas en los niveles decisorios de la nación, la obtusa brecha social producto del incipiente ejercicio de Estado y la necesidad de imponer una ideología, deslegitimando las que tengan un sentido opuesto, son quizás las causas de este fenómeno intermitente.

«La participación de la violencia en la historia colombiana converge con lo invasivo de una enfermedad».

La participación de la violencia en la historia colombiana converge con lo invasivo de una enfermedad. Ella se ha instalado en su curso, cual virus que muta, se reaviva y se apacigua, adoptando una condición estructural que permea los distintos períodos señalados en esta obra.

El tratamiento de estos temas se condensa en seis capítulos que mantienen una secuencia lineal. Marco Palacios descarta la convención corriente de periodización política como método de revisión de la historia colombiana; así, las hegemonías partidistas alternantes no son vistas como único referente. Los cambios sociales, culturales y económicos también son asumidos, por cuanto no se mueven al mismo ritmo.

El capítulo I versa sobre la etapa histórica vivida a finales del siglo XIX y conocida como la *Regeneración*. Esta orientación surge ante la necesidad de reformular los postulados difundidos por el radicalismo liberal expresados en la constitución de 1863, y cuya literatura consagra la hegemonía popular, el federalismo, la reducción de las funciones del Estado y otras libertades asociadas a las creencias religiosas, la expresión, la convivencia y el comercio.

La *Regeneración* es esencialmente un período de hegemonía conservadora. Su sello político, la constitución de 1886, se emana bajo principios centralistas y confesionales, su propósito es devolver la autoridad inerte del Estado ante las insurrecciones regionales y su ulterior fraccionamiento. La expresión “*centralización*”

política y descentralización administrativa” refleja el fundamento ideológico de la revolucionaria y longeva carta magna. La abolición de los estados federales, la soberanía ejercida por la rama ejecutiva, el establecimiento de mecanismos de intervención económica, la regulación de la tenencia de propiedades y la centralización del poder armado como mecanismo de imposición y mantenimiento del orden forman parte de la inclinación política reinante por esos días.

El plan económico conservador incluye estrategias en el campo monetario, exportador y de infraestructura. Sobre el primero, se destaca la decisión de crear el banco nacional, ejecutor exclusivo de las políticas monetarias relacionadas con la captación y provisión de dinero circulante en la economía. La orientación de una economía exportadora se mantiene, siendo el café el producto impulsor de este ejercicio; la actividad minera goza de una importante dinámica en el occidente del país, situación que conduce al desarrollo —un tanto desorganizado— de acciones en pro del fortalecimiento de la infraestructura ferroviaria.

Las divisiones ideológicas, cada vez más acentuadas, predisponen los conflictos internos. La Guerra de los Mil Días desemboca en un período de conservatización e intensificación de la violencia política; el desmembramiento del territorio se hace evidente con la pérdida de Panamá, las regiones se fragmentan y el terror se instala como un instrumento de legitimación y poder.

En el capítulo II, Marco Palacios aborda el momento en que la nación conjuga la idea de un liberalismo económico con fuertes preceptos conservadores. Una economía predominantemente cafetera, el incremento de la población urbana favorecida por la migración del campesino a las áreas periféricas, los conflictos laborales, algunos de ellos culminados con actos reprochables de autoritarismo; la eventual emergencia de grupos socialistas, la situación favorable del petróleo y la concesión al cuerpo clerical de autoridad en el campo educativo son, entre otras, las características de este período que se extiende por casi cuarenta años.

«La Guerra de los Mil Días desemboca en un período de conservatización e intensificación de la violencia política».

Rafael Reyes y Marco Fidel Suárez encarnan la ideología conservadora. El primero, excombatiente en la guerra civil, se inspira en el estilo de otros líderes de corte autoritario, abriendo el país al capital extranjero y echando por la borda ciertas formas civilistas de gobierno. La perpetuación de su ejercicio es contemplada en una asamblea nacional constituyente, pero un arreglo firmado por su ministro —liberal— de Relaciones Exteriores con el secretario de Estado norteamericano, motivan un levantamiento en Bogotá que desemboca en el abandono del poder y su posterior exilio.

Marco Fidel Suárez, por su parte, dicta una legislación petrolera favorable a los intereses norteamericanos. «La estrella polar» es el término con el que acuña al referente más importante de su doctrina mantenida y consumada por los futuros presidentes, quienes entregan

el petróleo y la soberanía al país más desarrollado de América.

La caída del régimen conservador y la llegada al poder del Partido liberal introducen al lector en la tercera parte de *Entre la legitimidad y la violencia*. Llega el momento de la «Revolución en marcha», programa de gobierno del presidente Alfonso López Pumarejo, el cual propende a la adecuación del Estado a las nuevas situaciones económicas y sociales. Una nueva reforma constitucional es llevada a cabo, con ella se instala la plataforma jurídica que consolida a las instituciones y grupos de poder.

Palacios destaca además cómo las movilizaciones sociales fueron vistas como amenazas para las clases altas de ambos partidos. La reivindicación de la expresión popular es abanderada por nuevos líderes —futuros caudillos—, quienes transforman el discurso político y se afirman como la piedra en el zapato de la élite dominante.

El respaldo sindical es perseguido por los gobiernos liberales para entonces instaurados. El tratamiento a las huelgas, en esencia intervencionista, difiere del antecesor estilo conservador que veía en las acciones represoras de hecho como mecanismo de apaciguamiento. La creación de asociaciones es nutrida y apoyada por la administración de López; sin embargo, un cambio de visión se vive en el ejercicio de Eduardo Santos (1938-1942), trayendo consigo nuevas fracturas entre el gobierno y las centrales obreras.

«El campo deja de ser un espacio dedicado a las labores productivas para convertirse en el escenario de sangrientas confrontaciones».

La afirmación del capitalismo viene de la mano de la violencia. El estado de sitio es establecido como arma constitucional contra sus diversas manifestaciones. El capítulo IV de este recorrido histórico es dedicado al período en el que se acentúa este fenómeno. Marco Palacios considera las que, a su modo de ver, son las cuatro facetas de la violencia: 1) sectarismo tradicional; 2) la que abre la abstención liberal a fines de 1949 y cierra el gobierno militar en el segundo semestre de 1953; 3) la de los ‘pájaros’ de 1954-1958; y 4) la residual, desde la caída del general Rojas Pinilla hasta 1964.

Colombia se sume en la ignominia. Líderes carismáticos son vistos caer, y hombres como León María Lozano «el Cóndor» actúan como mercenarios al servicio del Estado; estos emprenden campañas de exterminio político. El campo deja de ser un espacio dedicado a las labores productivas para convertirse en el escenario de sangrientas confrontaciones. Las banderas del conservatismo son ondeadas y al unísono miles de réquiems son entonados en honor a los caídos.

Las iniciativas para reducir la expansión del conflicto provienen de las legislaturas militares y de los acuerdos entre los partidos. El gobierno militar del general Rojas Pinilla ofrece la alternativa de un gobierno fuerte, sin disensiones y con voluntad de diálogo para mitigar la violencia generalizada, bien reaccionaria, bien sectaria.

El Frente Nacional, por su parte, deviene como una alternativa para conseguir la paz del país y lograr acabar con los numerosos grupos armados fuera de la ley que operan en el territorio nacional.

Los acuerdos a los que se llega para crear el Frente Nacional contemplan la paridad entre liberales y conservadores para ocupar los distintos cargos de la administración pública, la alternancia del ejercicio presidencial durante un período de dieciséis años y la búsqueda de la paz entre los partidos.

El legado del Frente Nacional se asocia al nacimiento de la insurgencia y sus diferentes tintes ideológicos; su trasegar permea la vida política y social de la segunda mitad del siglo XX y de los años siguientes. Otros elementos relacionados con la pérdida de la legitimidad del Estado se incluyen en este recorrido; estos asuntos son analizados en un apartado diferente.

El capítulo V se ubica en una época de transiciones. En este sentido, se pueden evidenciar tres cambios sustanciales: el advenimiento de una clase dirigente que profesa las bondades de la modelación económica, se superpone al tradicional actor político imbuido en los planteamientos jurídicos; la violencia evoluciona de la tradicionalmente bipartidista a una estrechamente relacionada con el influjo del narcotráfico en la vida pública; finalmente, la guerrilla, de manera paulatina, se desprende de su

sentido reaccionario, persiguiendo el reconocimiento político, aunque ello implique añadir un toque propagandístico a sus acciones.

El recorrido histórico culmina con una síntesis de las transformaciones demográficas, socioeconómicas y políticas vividas en la segunda mitad del siglo XX. Sobre el primer aspecto, se destaca el tránsito de la sociedad rural a la urbana, fenómeno que consolida la formación de las ciudades principales y sus realidades sociales, la educación avanza en el tema de cobertura, pero se queda corta en cuanto a la calidad

y pertinencia; la pobreza, por su parte, encuadra a la nación como una de las más desbalanceadas en Latinoamérica, la amplia brecha entre ricos y pobres legitima el falaz y clientelista ejercicio estatal.

La atomización de la clase política se acentúa con la última reforma constitucional, dejando entrever que la contradicción de las orientaciones

y los valores políticos sigue siendo un asunto sin resolver. La distancia entre el ciudadano y la autoridad política sigue ampliándose, la desconfianza en el ejercicio público se ve reflejada en el comportamiento exponencial del abstencionismo.

La violencia finalmente sigue asolando al país. La resistencia de los carteles del narcotráfico a una legislación más severa, el nacimiento desde los estamentos de representación de ejércitos privados —mercenarios de guerra pseudo-apellidados como grupos de autode-

«La resistencia de los carteles del narcotráfico a una legislación más severa, el nacimiento desde los estamentos de representación de ejércitos privados».

fensa campesina— y el fortalecimiento de las fuerzas insurgentes, son hechos que cargan la atmósfera de un ambiente polucionado con el terror y la desesperanza.

La Constitución de 1991 surge pues como el instrumento que le permite devolverle a la nación la legitimidad perdida, tanto por la violencia como por la corrupción. El pueblo escéptico acude a las urnas en la convocatoria a una asamblea nacional constituyente; empero, el ejercicio democrático se realiza reuniendo a los partidos tradicionales y a las minorías. Es la génesis, pues, de la «democracia participativa» y el languidecer de la «democracia representativa».

La nueva constitución crea mecanismos de protección a los derechos fundamentales. La tutela empalma al pueblo con la norma y lo salvaguarda de la vulnerabilidad a la que estaba viéndose sometido.

La autonomía se hace visible en los estamentos judiciales y económicos. La Corte Constitucional propugna la defensa de la nueva institucionalidad; su apoyo, los organismos como la Fiscalía General de la Nación y el Sistema Nacional Acusatorio. La autonomía del Banco de la República para intervenir en la política monetaria y mantener los niveles estables de inflación permite que la concepción neoliberal actúe desde los gobiernos sin modificar el texto constitucional.

La carta constitucional de 1991 encabeza el epílogo del recorrido emprendido por Marco Palacios, y en adelante se emprende un breve análisis de la actual situación del país. Los

hechos citados corresponden a lo acontecido en la última década; revisarlos es una tarea ineludible de todo ciudadano.

La lectura de esta obra se hace necesaria por cuanto describe y analiza con juicio la evolución de una nación. Pocas obras históricas recogen fielmente los sucesos y lo llevan al lector en un lenguaje académico y amable; en palabras de Malcolm Deas, del *Journal of Latin American Studies*, Marco Palacios:

Decidió escribir un límpido relato político-económico en el cual no se perderá el lector. Los principiantes en la historia de Colombia ganarán una visión estructurada, al tiempo que los especialistas se verán estimulados por juicios que descansan en erudición y compromiso.

Somos sujetos y constructores de la historia, recordarla nos ayuda a fortalecer los lazos con el pasado y ampliar el conocimiento de las perspectivas humanas; ignorarla significa caminar hacia el patíbulo de la inexorable reincidencia.

*Fredy Yoveri Álvarez Fonseca**

* Magíster en Ciencias de la Administración de la Universidad Eafit, Medellín, Colombia. Docente de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad Católica de Oriente, Rionegro, Colombia. Miembro del grupo de investigación Facea, Universidad Católica de Oriente. Correo electrónico: falvarez@uco.edu.co.
